

BART L. LEWIS. *The Miraculous Lie: Lope de Aguirre and the Search for El Dorado in the Latin American Historical Novel*. Lanham, MD: Lexington Books, 2003.

La búsqueda de El Dorado resultó ser una de las aventuras más largas y costosas y menos fructíferas de la época de la conquista y colonización española de las Américas. Como señala Bart Lewis, la iconografía occidental está llena de alusiones al legendario reino que continuamente eludía a los conquistadores. Las diversas expediciones—entre ellas la de Pedro de Ursúa (1559-1561), en la que Aguirre participó— se caracterizaron no sólo por el fracaso al no encontrar El Dorado, sino también por numerosos desastres naturales y humanos que experimentaron los expedicionarios en forma de naufragios, hambrunas, motines y homicidios masivos. Como descubre Lewis a través de su investigación, el interés sostenido en este tema durante cinco siglos se debe más que nada a la crueldad sádica y al carisma personal del rebelde Lope de Aguirre. Si en el siglo XVI prevalecía en las crónicas coloniales una fascinación con la búsqueda de esta utopía de riqueza inagotable, en el siglo XX lo que ha alimentado el interés tanto de historiadores como de novelistas es el deseo de escudriñar la figura de Lope de Aguirre y de indagar los motivos de su violencia y de su rebeldía en contra de la corona española.

Esta fascinación por el renegado Lope de Aguirre coincide en el siglo XX con el anhelo de rastrear los orígenes de la identidad latinoamericana y de plasmarlos a través de la novela histórica, en particular en las décadas que anticipan los diversos actos conmemorativos que se preparaban a ambos lados del Atlántico por motivo del quinto centenario del primer viaje de Cristóbal Colón. Por su origen vizcaíno, y por su convicción independentista, Aguirre también ha atraído la atención de varios novelistas del País Vasco; aunque las novelas vascas no caben dentro del alcance del análisis de Lewis, constituirían un tema interesante para otro estudio crítico. Tomando como punto de partida la afinidad que expresó Simón Bolívar con el renegado que abjuró del poder imperial español, varios escritores sudamericanos consideran a Lope de Aguirre como el primer ciudadano de Latinoamérica, otro motivo que explica la perenne curiosidad sobre su vida y aventuras a través de los siglos. Como advierte Lewis, si por una parte los cronistas coloniales responden a la tarea urgente de condenar la traición de Aguirre y de legitimarse a sí mismos como fieles a la corona, desde otra perspectiva mediada por el tiempo, los novelistas del siglo XX procuran reivindicar

al conquistador subversivo con el afán de explorar las raíces políticas y culturales de la independencia latinoamericana.

Después de haber escrito cartas contenciosas al emperador Felipe II y a sus oficiales y de haber asesinado a docenas de miembros de su expedición –entre ellos a su propia hija mestiza– el notorio personaje de Lope de Aguirre se presta a la novelización. Tanto en las crónicas como en las novelas, Aguirre es descrito siempre en términos hiperbólicos como asesino sangriento, loco sádico y conquistador cínico. Una idiosincrasia notable que observa Lewis es que Aguirre no codiciaba la riqueza material tanto como el poder político. Después de ayudar a eliminar no sólo a Pedro de Ursúa, encargado inicial de la expedición, sino también al usurpador Fernando de Guzmán, Aguirre se autoelige jefe de la empresa y deja de lado su objetivo ostensible, resolviendo hacer la guerra contra el virreinato del Perú en lugar de seguir buscando el reino fantástico de El Dorado. Irónicamente, uno de los propósitos verdaderos de la expedición era alejar a ciertos conquistadores inquietos del Perú precisamente para evitar tales levantamientos.

En *The Miraculous Lie*, Lewis examina cinco novelas hispanoamericanas contemporáneas: *El camino de El Dorado* (1947) del venezolano Arturo Uslar Pietri, *Daimón* (1978) del argentino Abel Posse, *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979) del venezolano Miguel Otero Silva, *Una lanza por Lope de Aguirre* (1984) del argentino Jorge Ernesto Funes, y *Crónica de blasfemos* (1986) de Félix Álvarez Sáenz, natural de España pero residente de Perú en el momento de redactar la novela. Lewis estudia las cinco obras en orden cronológico, con el propósito explícito de demostrar cómo reflejan la evolución de la narrativa hispanoamericana en general. Esta tesis se complica algo debido al hecho de que la primera novela analizada, *El camino de El Dorado* de Uslar Pietri, representa un ejemplo bastante tardío del criollismo, mientras que la segunda cronológicamente, *Daimón* de Abel Posse, anticipa innovaciones posteriores, siendo la novela que demuestra un estilo más radicalmente posmoderno. Sería útil que el autor definiera más claramente su uso de términos referentes a los movimientos literarios, en especial “modernism”, y que tomara en consideración tendencias hispanoamericanas como la nueva narrativa. Aunque la tesis ostensible del libro es que las cinco obras iluminan el desarrollo de la narrativa del preboom, boom y postboom, la aportación más significativa de Lewis yace en su análisis detallado de la representación de Lope de Aguirre en la novela histórica del siglo xx.

El marco teórico de *The Miraculous Lie* es bastante tradicional en términos de su aproximación a la crítica literaria, ya que gira alrededor de la narratología, pasando por alto la contribución que la teoría poscolonial podría aportar a un estudio de reescrituras contemporáneas de las crónicas coloniales. En cuanto al tratamiento de la relación entre la historia y la ficción, aunque el libro cita de paso *Metahistory* de Hayden White, la interpretación de varias de las novelas –las que cuestionan la definición de la historiografía tradicional– podría aprovecharse más de los conceptos que elabora White en sus diversos estudios, entre ellos *The Content of the Form*.

Los tres primeros capítulos del libro de Lewis sirven como introducción general a la importancia de El Dorado en el imaginario occidental, resumiendo la historia de los diferentes viajes de exploración que pretendían ubicar este reino mítico, comparando y contrastando las diversas crónicas, historias y novelas que tratan el personaje enigmático de Lope de Aguirre. No obstante alguna repetición de ciertos datos, estos capítulos

introdutorios elucidan bastante la significación de la búsqueda de El Dorado y la figura de Aguirre. El libro ofrece un apéndice que enumera las obras literarias sobre Aguirre, pero el trayecto bosquejado en estos capítulos se esclarecería aun más con la adición de mapas del itinerario junto con una cronología de la expedición y una lista de las crónicas y fuentes historiográficas que documentan la jornada. También sería de enorme interés al lector tener acceso a apéndices que reprodujeran la desafiante misiva en la que Lope se declara rebelde hasta la muerte por la ingratitud de Felipe II y también las últimas páginas de la crónica de Francisco Vázquez que compendian los rasgos principales del carácter de Aguirre y los eventos más importantes de su malograda carrera de conquistador.

El resto del libro de Lewis consiste en capítulos dedicados a examinar respectivamente cada una de las cinco novelas, con un estudio de los rasgos estilísticos y una evaluación de cada trama en relación con los datos proporcionados por los documentos coloniales. Algunas de las novelas, en particular *Daimón* de Posse, evidencian técnicas asociadas con lo que Seymour Menton designa como la nueva novela histórica, como por ejemplo, la distorsión de la historia a través de la parodia, los anacronismos, lo carnavalesco, la intertextualidad y la heteroglosia. Casi todas las novelas del corpus estudiado aquí exhiben características posmodernas como el diálogo con la historia, el desplazamiento de la perspectiva narrativa, el uso de múltiples voces y la hibridez de géneros para constituir lo que Linda Hutcheon llama la “metaficción historiográfica”.

Tal vez la característica más interesante que comparten estas novelas es su énfasis en la importancia del papel del cronista. Un rasgo distintivo que observa Lewis es que incluso en las obras que incorporan la voz del conquistador en primera persona, el personaje de Lope de Aguirre no controla el discurso, sino que su representación es mediada siempre a través de la palabra de otro narrador. Esta voz mediadora varía según la novela: en algunas de las obras aparece como un cronista del siglo XVI con nombre histórico o ficticio que sirve como interlocutor y/o *alter ego* de Lope; o puede ser un escritor del siglo XX que habla con un Lope resucitado, como en la novela de Funes; o bien puede consistir en diversos escribanos a través de los siglos que documentan las aventuras de un Aguirre que vive para observar varios siglos de la realidad latinoamericana, como es el caso en la novela de Posse. Según Lewis, estos narradores suelen cuestionar los datos de la historia oficial y el papel del cronista para reivindicar a una de las figuras más difamadas de la época colonial.

Si la búsqueda de El Dorado atraía la imaginación europea en la época de la conquista, lo que fascina a los lectores contemporáneos es el personaje del conquistador renegado que se declaró independiente del imperio español. Como miembro de la segunda generación de conquistadores hambrientos, desilusionados, e incapaces de conformarse con la nueva ola de administradores que llegaban de Europa, Lope de Aguirre encarna el prototipo del caudillo latinoamericano. El vizcaíno descrito por los cronistas como cojo, pequeño de cuerpo y feo de rostro, pero de agudo y vivo ingenio, es rotulado continuamente en las crónicas con los epítetos tirano, blasfemo, traidor, monstruo, perverso, cruel y loco. Después de su muerte en una batalla contra las fuerzas imperiales, Aguirre no sólo es decapitado, descuartizado y sus extremidades arrastradas y esparcidas en diferentes pueblos como escarmiento, sino que también la Audiencia de Santo Domingo condena póstumamente su fama y memoria, declarando a sus hijos legítimos o ilegítimos infames a perpetuidad e incapaces de recibir ninguna herencia ni de servir en ningún puesto oficial. Por añadidura

a esta sentencia, Felipe II prohíbe citar su nombre y declara que todas sus posesiones sean derribadas y regadas de sal, y que se destruyan todos sus escritos a fin de que la posteridad los ignore. Entre estos escritos se encontraría la carta donde Lope renuncia la autoridad del emperador, acusándolo de cruel e ingrato, quebrantador de su palabra, negligente en reconocer los servicios de los conquistadores, y finalmente describiéndolo como soberano de un reino de puro aire. Como demuestra Bart Lewis en *The Miraculous Lie*, si en su época Lope de Aguirre sufre este esfuerzo oficial por no sólo borrar su persona de la faz de la tierra, sino también por suprimir su memoria eternamente, en décadas recientes es resucitado como personaje literario por lo que ofrece a la imaginación latinoamericana que cuestiona la historia oficial en otra época de intensa transformación cultural.

*University of New Mexico*

KIMBERLE S. LÓPEZ

SARA CASTRO KLARÉN and JOHN CHARLES CHASTEEN, eds. *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Baltimore and London: Johns Hopkins University Press, 2003.

Durante la primavera de 2000, un grupo de historiadores y críticos dedicados a los estudios latinoamericanos se reunió bajo los auspicios del Woodrow Wilson International Center for Scholars en Washington, DC. El propósito de este diálogo interdisciplinario era reevaluar el proceso de emergencia del nacionalismo en América Latina, tomando como su punto de partida uno de los libros que más impacto tuvo en estos dos campos de investigación durante las décadas anteriores: *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* de Benedict Anderson (London y New York: Verso, 1983, 1991). Durante los años ochenta y noventa el libro de Anderson dio nuevo impulso y dirección a los estudios decimonónicos en América Latina, especialmente con relación a la literatura. Influyó sobre la producción de libros tan seminales como *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America* de Doris Sommer y *The Invention of Argentina* de Nicolás Shumway. En años más recientes, sin embargo, el libro de Anderson ha perdido prestigio bajo críticas diversas de la inexactitud de sus asertos sobre América Latina. Si el estudio del nacionalismo en América Latina se encuentra actualmente en una especie de estancamiento, esto se puede entender como parte de un *backlash* contra Anderson, y tal vez otros teóricos metropolitanos que llegaron a tener cierta primacía en los estudios literarios durante la década pasada.

Ahora los resultados de aquel congreso del año 2000 han sido publicados en el valioso libro *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*, editado por Sara Castro-Klarén y John Charles Chasteen. El libro consiste en una introducción de Chasteen, seguida por los artículos de cuatro historiadores (Francois-Xavier Guerra, Tulio Halperín Donghi, Sarah Chambers, Andrew Kirkendall) y cuatro críticos (Fernando Unzueta, Castro Klarén, Gustavo Verdesio y Beatriz González-Stephan). Como se puede imaginar, la nueva antología no es un elogio a su precursor. La mayoría de los colaboradores reconocen el logro de Anderson en haber planteado el tema del nacionalismo como un “sistema cultural”, a la par de la religión, por ejemplo, que utiliza

ritos seculares y especialmente comunicativos para crear y renovar constantemente lazos afectivos entre sus miembros, que en su gran mayoría no se conocen entre sí. Será evidente a continuación que este aporte sigue siendo un estímulo clave para la crítica cultural. Sin embargo, los historiadores en particular señalan que a partir de una meritoria innovación teórica, el análisis concreto de la aparición del nacionalismo en América Latina que hace Anderson resulta gravemente fallido. La explicación de Tulio Halperín Donghi es acaso la más gentil:

...Benedict Anderson's *Imagined Communities* is the kind of book that by actually putting to work the systematically comparative approach to history that is more frequently recommended than practiced, makes a contribution to its subject that is quite independent of the validity of its specific conclusions. It should not then be a surprise to find so many among Anderson's admiring and grateful readers regretfully acknowledging that in the area of their own expertise he got almost everything wrong. (33)

No estará de más recordar que en el capítulo "Creole Pioneers" de la edición de 1991, Anderson estudia la emergencia del nacionalismo en diversas regiones de las Américas durante los años inmediatamente anteriores a las guerras de independencia. Para explicar el surgimiento del nacionalismo en este momento histórico, Anderson ubica sus raíces en dos aspectos de la sociedad colonial: las rutas de viaje recorridas por funcionarios criollos en su labor como administradores del imperio, y los periódicos locales que proliferaron a fines del siglo XVIII en varias ciudades que luego llegaron a ser los centros políticos de las nuevas repúblicas (47-65).

Entre los "admiring and grateful readers" a quienes se refiere Halperín Donghi, el que rebate la hipótesis de Anderson de manera más sistemática es Guerra, con su contribución "Forms of Communication, Political Spaces, and Cultural Identities in the Creation of Spanish American Nations" (3-32). Según Guerra, la argumentación de Anderson se basa en dos premisas falsas. Por un lado, el sentimiento de nacionalismo que supuestamente estimuló el proceso de independencia de hecho estuvo muy lejos de ser un consenso entre la población criolla cuando en 1808 la ocupación del trono español por José Bonaparte inició la crisis de legitimidad y la formación de las primeras juntas provisionales en América. Lo que es más, los periódicos que según Anderson crearon una base de conocimiento local y un sentido de interés común entre los criollos, eran en realidad muy limitados mientras la sociedad colonial no tuviera más que eventos sociales y mercantiles que comentar. En otras palabras, la misma crisis de la monarquía produjo la proliferación de periódicos locales porque fomentó una nueva necesidad de propaganda entre los que apoyaron las juntas y sus detractores. Según Guerra, la opinión pública "se inventó" en América Latina durante esta crisis. El resto de su artículo presenta un análisis minucioso de lo que él llama "The War of Words": siguiendo de esta forma reducida el ejemplo de Anderson, se dedica a considerar el papel de los medios de comunicación –no sólo periódicos y gacetas, sino también cartas, manuscritos, tratados, catequismos políticos, manifiestos, canciones, folletines y pasquines– durante los años de lucha independentista (23-30).

De acuerdo con el ensayo de Guerra, la introducción de Chasteen revisa la cronología de la formación del nacionalismo en América Latina. En esta versión, se nota la emergencia de un sentido de identificación con una provincia o "patria" durante la época colonial,

especialmente a partir del siglo xvii. Sin embargo, este patriotismo cultural, que asume formas tan diversas como el culto a la Virgen de Guadalupe y el uso de palabras como “quiteño” o “yucateco”, no empieza a concretizarse hasta la crisis de 1808. En este momento, Chasteen sostiene, la identidad “americana” y los varios nacionalismos se fortalecen brevemente como parte de la ideología de los llamados “patriotas”. Es significativo que estas identificaciones provisionales se desintegren, una vez lograda la independencia, durante las décadas de guerra civil que la mayoría de las nuevas repúblicas sufren de 1830 a 1850. Explica Chasteen que es sólo con el agotamiento de estas guerras civiles y la consolidación de los Estados a partir de 1850 que el nacionalismo empieza a hacerse sentir de manera consistente. Durante el período 1870-1930, el de la acelerada expansión económica, el nacionalismo como proyecto de las élites dirigentes encuentra su expresión en los trabajos de modernización y monumentalización de esa época. En fin, no será hasta la crisis económica y la participación popular en asuntos políticos a partir de 1930 que el nacionalismo se convertirá en un fenómeno de masas (ix-xxv).

Fuera de este bosquejo inicial presentado por Chasteen, *Beyond Imagined Communities* ofrece pocas generalizaciones. De hecho, se puede concluir que más allá del mero concepto de la “comunidad imaginada”, quien pretenda estudiar sobre el nacionalismo en América Latina tiene que contentarse con investigaciones cuidadosas de sus manifestaciones específicas en cada país y período. Su énfasis en la diversidad, especialmente pero no sólo regional, es uno de los logros de *Beyond Imagined Communities*, y con la colaboración de nueve estudiosos de la historia y cultura latinoamericanas ya se gana una ventaja importante sobre el trabajo de Anderson, cuyo campo de investigación principal no es sino el sureste de Asia. No obstante, el afán explícito por la diversidad revela cierta limitación en el surtido de estudios ofrecido por Castro Klarén y Chasteen. De los ocho ensayos que siguen a la introducción de Chasteen, cuatro tratan de la Argentina, y dos de México. Chile aparece dos veces, y Uruguay ocupa el trabajo de Verdesio, mientras que Colombia, Venezuela, Perú y Brasil aparecen brevemente. Esta concentración geográfica en Sudamérica y sobre todo en el Cono Sur, significa que los países cuyas historias pudieran complicar el esquema general dibujado por Chasteen, no se toman en cuenta. Brasil, donde la independencia y cierto nivel de desarrollo económico se lograron dentro de los paradigmas del imperialismo, merece un estudio más detallado. Aun más notoria es la ausencia total de los países del Caribe, donde el nacionalismo sí se articuló y diseminó como parte de un discurso anti-colonial. En los últimos años, varias investigaciones de la literatura cubana del siglo xix en particular han iluminado el nacionalismo anti-colonial de José Martí y otros como un discurso exílico y transnacional.<sup>1</sup>

Uno de los trabajos más ricos y acabados de *Beyond Imagined Communities* es el de Castro-Klarén, “The Nation in Ruins: Archaeology and the Rise of the Nation”. Adaptando a las particularidades de México y Perú las teorías sobre nacionalismo y memoria colectiva que han sido elaboradas por pensadores como Ernest Renan, Walter Benjamin y Jacques LeGoff, escribe: “In these cases, the study of archaeology stretches the time line of the nation and creates immemorial ‘ancestors’ for the post-colonial nation. In these two instances

---

<sup>1</sup> Véase, por ejemplo, Rodrigo Lazo. “Filibustering Cuba: Cecilia Valdés and a Memory of Nation in the Americas”, *American Literature* 74/1 (2002): 1-30.

archaeology allows a mapping of the nation that reconfigures territory by privileging forgotten or even forbidden sites of memory”. La autora logra, a través de una abundancia de evidencia textual, comprobar que la consagración del pasado nacional a través de la arqueología tiene un papel tan importante como el de los periódicos en el desarrollo del nacionalismo en México y Perú. Dicho esto, para esta lectora, el aspecto más intrigante del artículo de Castro-Klarén es su exploración de las rupturas y discontinuidades que interrumpen el proceso, especialmente en el caso peruano. En Perú, cuenta Castro-Klarén, la rebelión de Tupac Amaru II (1780-82) y el castigo inhumano que las autoridades españolas impusieron después marcaron a la población de tal manera que las ruinas y sitios sagrados de la zona andina llegaron a ser “prohibidos” o tabúes entre las generaciones de letrados que se encargaron de la construcción de la nación poscolonial. Curiosamente, no sería hasta la publicación de *History of the Conquest of Peru* de Prescott en 1847 que Mariano Rivero, trabajando en colaboración con el suizo Johann Jacob von Tschudi, se atreve a escribir el primer libro de arqueología nacional, su estudio *Antigüedades peruanas*. En México, en contraste, la iconografía nativa se incorporó con relativa facilidad al proyecto nacional.

Además de la especificidad y variedad disciplinaria de los ensayos, otra de las innovaciones de *Beyond Imagined Communities* procede directamente de la nueva cronología establecida por Chasteen y Guerra. Al fijarse la construcción del nacionalismo casi un siglo después de la fecha señalada por Anderson, o sea, en pleno auge de la expansión económica de 1870-1930, el trasfondo político, cultural y económico del proceso cambia completamente. Si bien las élites que construyeron las imágenes de sus países con palabras y ladrillos durante estas décadas tuvieron a su alcance los nuevos recursos económicos del “boom” de exportaciones, también se sintieron sujetas a presiones y exigencias que sus antepasados no se imaginaron. Junto a la herencia del pasado colonial y su posición privilegiada relativa a la gran mayoría de la “comunidad” nacional, las formulaciones de nacionalismo articuladas por los intelectuales de 1870-1930 registran también la conciencia de su posición periférica con relación a los nuevos centros de poder mundial. Estos ensayos, entonces, representan la construcción del nacionalismo como una complicada negociación simbólica realizada por intelectuales latinoamericanos como mediadores entre la diversidad local y el poder metropolitano.

El ejemplo más destacado de esta tendencia es el ensayo que cierra el volumen, “Showcases of Consumption: Historical Panoramas and Universal Expositions” de Beatriz González-Stephan (225-38). Para González-Stephan, la construcción de identidades nacionales en América Latina es inseparable de su inserción en la economía capitalista a finales del siglo XIX; en su interpretación, es la sensibilidad visual del consumismo lo que da su forma precisa a estas articulaciones en la producción cultural del día. Hablando de los “museums, libraries, anthologies, literary histories, and universal expositions”, dice que eran “galleries, showcases of what the nation offers to the ever more demanding international market” (226). Según cuenta la autora, las extravagantes exposiciones de cultura e historia nacionales que se produjeron durante estos años tenían su origen en ansiedades provocadas por las primeras exposiciones “universales”, durante las cuales los pueblos latinoamericanos se habían representado únicamente según su papel en el mercado internacional, o sea como productores de materias primas como carne, trigo, carbón, etc. Después de estas experiencias iniciales, intelectuales como el colombiano José María

Torres se empeñaron en aumentar la dignidad de sus países por medio de la producción de historiografía, antologías y crítica literaria (229 ff.)

Si antes mencioné que una de las limitaciones de *Beyond Imagined Communities* es su concentración geográfica en los países del Cono Sur, otra es su enfoque exclusivo en los intelectuales de élite con quienes el proyecto nacionalista tuvo su origen. Si este enfoque parece totalmente lógico, me atrevo a decir que no es ni deseable ni inevitable. El estudio del nacionalismo únicamente como una actividad de los miembros más privilegiados de la sociedad pierde de vista lo que considero el fundamento del trabajo de Anderson, precisamente su pregunta, “[W]hat makes the shrunken imaginings of recent history (scarcely more than two centuries) generate such colossal sacrifices?” (7). Se entiende que a las clases dirigentes el nacionalismo les ofrece el abastecimiento ideológico de su poder local, y a la vez una fuente de prestigio internacional. Lo que representa para la mayoría de la población, especialmente en el momento de sus articulaciones iniciales, por otra parte, está mucho menos claro. Se puede investigar el fenómeno de un sacrificio masivo ofrecido a un concepto de patria o nación todavía en su proceso de emergencia sin caer en los anacronismos de *Imagined Communities*. Si generalmente se considera la segunda mitad del siglo XIX como un período de paz y creciente prosperidad, también dio lugar a guerras internacionales sangrientas. Además de las luchas por la independencia en el Caribe, las guerras internacionales de la época, como la Guerra del Paraguay (1865-1870) y la Guerra del Pacífico (1879-1884), las cuales provocaron la movilización de cientos de miles de soldados y civiles de siete países y se llevaron a cabo bajo la mirada de Europa, ofrecen la posibilidad de investigar la relación entre el nacionalismo incipiente y las clases populares. En el caso de la Guerra del Paraguay, por ejemplo, se sabe que entre los combatientes de Argentina y Paraguay, muchos eran nativos de las tierras fronterizas donde se libraron las primeras batallas, gente cuya principal identificación, hasta el estallido de la guerra, no era su “nación” en el sentido moderno sino el pueblo guaraní.

De los contribuidores a *Beyond Imagined Communities*, la única que considera el nacionalismo desde una perspectiva que no es la del patriarcado élite es Sarah Chambers. En “Letters and Salons: Women Reading and Writing the Nation”, Chambers sostiene que para tres mujeres sudamericanas del período de la independencia –Manuela Sáenz, Mariquita Sánchez y Carmen Arriagada– “their sense of nation was less rooted in abstract concepts than in concrete relationships to friends and families that they maintained through both face-to-face sociability and correspondence” (62). Lo que es más, las cartas de las tres criticaban, como un pernicioso hábito “masculino” el entrelazamiento de ambición personal con asuntos de política nacional. Según explica Chambers, estas tres mujeres cuya producción textual cobró la forma de una amplia correspondencia con parientes, amigos y conocidos, disfrutaban de libertades personales e intelectuales que más tarde les serían negadas a escritoras profesionales como Juana Manuela Gorriti y Clorinda Matto de Turner (77-83). El trabajo de Chambers, al identificar algunos de los conflictos implícitos en la consolidación del Estado como obra del patriarcado letrado, señala también nuevos rumbos que el estudio del nacionalismo en América Latina puede seguir en el futuro. Principalmente, ¿cómo se ubican las relaciones de género y prácticas sexuales dentro de los emergentes paradigmas del nacionalismo? ¿cómo se definían las identidades sexuales según las necesidades del Estado, y cuáles posibilidades de resistencia se ofrecían al individuo,

o sea, al sujeto *queer*? Al estudio de prácticas y prohibiciones sexuales, por supuesto, se han de incorporar cuestiones de raza y mestizaje.

Tal vez la omisión más lamentable entre los temas representados en *Beyond Imagined Communities* sea la de la naturaleza, o sea de la correspondencia simbólica entre país y paisaje que se nota en obras decimonónicas tan diversas como las de Andrés Bello, Domingo F. Sarmiento y Jorge Isaacs. Si esta correlación ideológica fue el tema de investigación de Roberto González Echevarría y Carlos Alonso durante la década de los ochenta, ha sido refinada en años recientes por la entrada de la eco-crítica y otras formas de teorización ambientalista en los estudios culturales latinoamericanos. Tal vez este terreno, cuya exploración ya ha sido iniciada por Gabriela Nouzeilles, Graciela Montaldo y otros, sea el más fecundo para investigaciones futuras del nacionalismo en América Latina.

Dicho sea: un libro que a unos pocos meses de su publicación ya provoca la demanda por su expansión y continuación es una contribución de gran valor.

Williams College

JENNIFER L. FRENCH

CLAUDIA GILMAN. *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno, Colección Metamorfosis, 2003.

*Entre la pluma y el fusil* podría haber sido un libro más que pasara a engrosar la extensa bibliografía sobre los convulsionados sesenta. Sin embargo, la lucidez de la autora lo ha hecho un documento imprescindible, una herramienta clave para la legibilidad de un período marcado por la densidad y el vértigo. ¿Dónde radica la singularidad del texto de Claudia Gilman? En la revisión y el cuestionamiento de una cantidad de ideas que se han naturalizado, llegando a esgrimirse como verdades apodícticas cuando se trata del tema.

Gilman comienza por poner en tela de juicio la idea misma de duración del período; desde su perspectiva, la época se extiende más allá de una década, entre 1959 y 1973 o 1976. Entre ambos extremos, se desarrolla el relato de un tiempo definido por la vocación de los cambios drásticos que determinan las prácticas revolucionarias. La Revolución Cubana opera como catalizador de las transformaciones en las esferas social, política y cultural. A estos hitos históricos, se agregan otros como la descolonización africana, la guerra de Vietnam, los movimientos antirracistas en los Estados Unidos, los estallidos de rebelión juveniles en distintos lugares del planeta. Esta red de acontecimientos engendra una estructura de sentimientos que concibe a la revolución como inexorable. La revolución se convierte en instancia legitimante de todas las prácticas. En un mundo en ebullición, América Latina vivía un proceso que parecía desembocar, de manera irreversible, en la revolución.

Varios ejes se encadenan para contar el relato y constituir las secuencias a través de ocho capítulos: la conversión del escritor en intelectual, la búsqueda y el encuentro de un público, los géneros de la novela y los nuevos formatos (testimonio, cancioneros, etc.), la conformación de una familia intelectual y la ruptura posterior de los lazos parentales. El relato persigue los encuentros y desencuentros entre la política y la cultura, detalla los

conflictos entre la revolución política y la autonomía estética. Tiene un comienzo que muestra la euforia y las armonías, un desarrollo que exhibe los vaivenes y las dudas y un final en que la resolución de los problemas deriva en la primacía de lo político y la consiguiente subordinación del arte. Como escritora de ficción –además de ensayista–, Gilman maneja las estrategias narrativas de modo que, munida de un archivo impresionante, logra esquivar el riesgo de la simple acumulación. De ahí que la cantidad apabullante de materiales, como si fueran las notas de una composición musical, entran en una totalidad que ensambla datos, análisis literarios, interpretaciones sociológicas, citas críticas y problemas teóricos. Lejos de permitir la etiqueta, el libro se resiste a la clasificación participando, a la vez, de la crítica cultural y la historia de las ideas.

En *Las transformaciones de lo moderno*, Hans R. Jaus elabore un concepto de época que tiene que ver con la idea de una unidad cerrada “que nos permite reconocer y delimitar en su alteridad un mundo común acompañado de la correspondiente autoconcepción, una ‘episteme’ en el sentido de Foucault” (67). Gilman parte de esta idea para construir un objeto teórico complejo. La cuestión le exige preguntarse por el problema del recorte y los límites e investigar el conjunto de los enunciados concretos, en la medida en que una época puede definirse “como un *campo de lo que es públicamente decible* y aceptable” (36). El privilegio otorgado a lo discursivo no es excluyente. Por el contrario, el libro teje una red tupida donde se entrelazan materiales heterogéneos; además de textos literarios incluye revistas, documentos, cartas personales, polémicas, imaginarios sociales, políticas institucionales, ensayos críticos o periodísticos, cuestiones de recepción, análisis de mercado y hasta trayectorias intelectuales:

Se trata de un lapso relativamente breve, de un enfoque en la *cortísima duración* que determina, por eso, la necesidad de una lupa potente para elaborar una periodización sustantiva de ese bloque temporal en el que la convergencia de coyunturas políticas, mandatos intelectuales, programas estéticos y expectativas sociales modificó los parámetros institucionales y los modos de leer y producir literatura y discursos sobre la literatura. (36-37)

Es, quizás, el último momento del siglo xx en que los intelectuales asumen un rol fundamental en la vida pública puesto que las últimas décadas asistieron al compromiso con las causas de las minorías o al retiro de los intelectuales hacia la esfera privada y las búsquedas individuales.

Contra la amenaza de dispersión que conlleva la proliferación de materiales, el libro se organiza en torno al foco de la Revolución Cubana, sus políticas culturales y las posiciones de los intelectuales latinoamericanos. El dilema podría enunciarse así: cómo construir una nueva cultura para una nueva sociedad. La opción primera de los artistas será por la modernización cultural, la apertura a otras culturas –entre ellas, la norteamericana con sus escritores sureños, el arte *pop* y el movimiento *beatnik*–, la negación a someterse a las directivas del Partido Comunista y el rechazo a la estética hegemónica del realismo socialista, tan cara a la izquierda tradicional en retroceso. En el principio, hubo una apuesta fuerte al valor de la literatura y su capacidad de intervención. De esto da prueba la imagen del “escritor como aguafiestas” (Vargas Llosa).

Gilman muestra el rol que desempeñaron las revistas en la tarea de validación del modernismo estético. Irrupieron, en el campo cultural, como espacio de consagración alternativo a las políticas oficiales y como un lugar apropiado para el tipo de enunciación que deseaban los intelectuales comprometidos. *Entre la pluma y el fusil* recorre con minuciosidad –destacamos el análisis de *Marcha* y *Casa de las Américas*– el espectro de las principales revistas latinoamericanas, los temas, las polémicas y los debates, así como los rasgos del arte modelo y, en el revés, la impugnación de las formas perimidas. Esos espacios albergaron a los principales intelectuales que se unían en torno a un ideal comunitario conformando así una “familia” o una “comunidad imaginada”:

La Habana fue la capital aglutinante, sede real y en otros casos simbólica, de muchos de los encuentros que hicieron resonar el “toque de reunión” que nucleó con fuerza a los escritores-intelectuales. En realidad, también porque la palabra intelectual se declina en plural, es decir, intelectuales. Como sostiene Bauman, la palabra misma constituye un “toque de reunión” que resuena por sobre la vigiladas fronteras de las profesiones y los géneros artísticos; en síntesis, los intelectuales existen en la medida en que los vincule algún tipo de ideal asociativo. Ese ideal fue Cuba, que constituyó a decenas de revistas en ecos, corresponsalías, baluartes de su política. Buena parte de las revistas latinoamericanas de la época constituyeron “embajadas” de la Isla. (80-81)

Examina también algunos casos de opositores aglutinados en *Mundo Nuevo* y de escritores críticos que, aunque permanecen fieles a los ideales de la revolución, intentan retomar los caminos de la autonomía, maltrechos a partir del encarcelamiento y posterior autocrítica de Heberto Padilla, como los participantes de la revista *Libre*.

Gilman discute con otros teóricos la interpretación del período. Matiza, por ejemplo, las afirmaciones de Silvia Sigal que analiza las diferencias entre las actitudes que se tomaban en el campo cultural y las opciones que se hacían en política, retomando la vieja problemática de la relación entre vanguardias estéticas y políticas. Gilman da una vuelta de tuerca al concebir la modernización cultural como una tarea comprometida; de otro modo, “el compromiso no era un componente entre otros de la literatura sino su *función de ser*” (146). Para los intelectuales latinoamericanos, el cambio y la ruptura no contradecían sino que reforzaban la eficacia política. Oscar Masotta, por ejemplo, otorgaba al arte *pop* posibilidades críticas de la cultura estética argentina. En la misma dirección iban las palabras de Cortázar cuando afirmaba que no había que exigirle al escritor que fuera “tribuno de la lucha” sino que se convirtiera en “testigo de su tiempo”. El compromiso de la obra no podía deslindarse del compromiso de la vida.

Uno de los capítulos fundamentales de esta historia tiene por eje el examen de las posiciones antiintelectuales –surgidas desde las mismas filas intelectuales pero no sólo de ellas– que se hacen perceptibles a partir de 1968. En este punto, las reflexiones de la autora arrojan luz sobre la compleja trama que comenzaba a resquebrajar la unidad y la solidaridad de los artistas y escritores con el poder político. El antiintelectualismo fue la posición adoptada por aquellos que se concebían como intelectuales revolucionarios; ensayó una respuesta posible a la imposible reconciliación entre dos imágenes de intelectuales, como conciencia crítica de la sociedad o como revolucionario, sujeto a las razones de Estado.

Gilman recuerda la distinción que hace Pierre Bourdieu entre “intelectuales responsables” que adecuan su pensamiento a una militancia e “intelectuales libres” que se piensan bajo la figura del crítico. El opacamiento del intelectual resulta paralelo al brillo con que resplandece el guerrillero. La literatura se hace sinónimo de superfluidad y lujo. Contra la especificidad, se levanta la eficacia. La elección es de hierro: “en lugar de interpelar a sus interlocutores y ganarlos para su causa, fueron los mismos intelectuales quienes se autointerpelaron para cumplir con el imperativo ético de justicia e igualdad que habían proclamado como moral específica de su tarea, pero no a través de la palabra” (181).

El libro rastrea la agudización de las tensiones y los conflictos así como los giros violentos de las políticas lingüísticas sintetizados en las duras palabras con las que Fidel Castro clausura el Primer Congreso Nacional de Educación y Cultura de 1971; el líder cubano defenestra a los intelectuales, “agentillos del colonialismo cultural”. Gilman examina la historia en términos del derecho a la toma de la palabra e investiga las instancias de legitimación para ejercer la crítica, una vez que la posesión de un capital simbólico deja de ser razón suficiente: “Esta *plusvalía* simbólica hizo que el intelectual sospechara de sí mismo, pensando que era sospechoso ante los otros. En cada intelectual residía parte del sacrificio de su pueblo” (296). En este punto, cabe mencionar el fino análisis de las estrategias retóricas de los números de *Casa de las Américas* en los que disputa a *Libre* el derecho a la crítica.

La pregunta por una estética revolucionaria retorna como lo reprimido. Y aunque el presente nunca copia con exactitud el pasado, las discusiones sobre los géneros y las formas apropiados para las nuevas coyunturas reeditaron los debates de la Rusia posrevolucionaria y de la Alemania de los años treinta. *Entre la pluma y el fusil* dedica un capítulo a la pregunta por los géneros –¿novela u otros formatos?– y por las estéticas: ¿realismo o vanguardia? A partir de 1968, las corrientes dominantes en Cuba preconizan posiciones antivanguardistas. “El antivanguardismo radicalmente prorrevolucionario que fue de la mano con el antiintelectualismo subrayaba la tensión entre la eficacia comunicativa y la eficacia estética de la obra de arte” (335). El enjuiciamiento a la novela del boom culminaría con la puesta en primer plano de otros géneros y otras artes. El testimonio y los cancioneros reemplazaron a las novelas experimentales; la literatura cedió su lugar privilegiado al cine político.

Como contrapartida de ciertas posiciones rígidas, hubo quienes ensancharon las fronteras de los conceptos de vanguardia y realismo. Recordando al Brecht que discutía con Lukács las bondades del realismo, los latinoamericanos preconizan un realismo sin fronteras, tal como reza el título del famoso ensayo de Garaudy. Con esta conciliación, las novedades experimentales pudieron coexistir con la objetividad y el reflejo de la totalidad que se suponía inherente a la estética realista. Así, Rodolfo Walsh afirmaba que “la vanguardia es entonces el modo que asume el realismo en una coyuntura histórica de agotamiento” (323). Y Fernández Retamar elogiaba la prosa de *Rayuela* confesando a Cortázar su orgullo por la capacidad de los latinoamericanos para “escribir así”, formulación que remitía a una identidad continental y era, al mismo tiempo, permeable a la heterogeneidad. Cortázar acotará la ambigüedad al acuñar el enunciado de “la revolución en la literatura” (324-25).

“¿Podrías describir el tamaño del pueblo con tu lengua?”. El verso de Heberto Padilla apunta los límites del lenguaje. En el final, Gilman parafrasea a Habermas haciendo alusión

a un proyecto incumplido –en este caso, el de la revolución estética y política de los sesenta-setenta–, un sueño que imaginó un arte que latiera con los ritmos de la historia. En *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Norberto Bobbio sostiene que el hombre de cultura hace política a largo plazo. Y plantea las relaciones entre la historia de las ideas y la historia política en términos de temporalidades desiguales: “Hay momentos en los que las ideas van por delante y otros en los que van a continuación. Por usar dos célebres metáforas hegelianas, a veces la filosofía es como el canto del gallo que anuncia la aurora, como en los años que prepararon la Revolución francesa, y a veces, en épocas de restauración, es el búho de Minerva que llega al atardecer”. Las metáforas dan cuenta de los desajustes frecuentes entre los tiempos de las ideas y los de la política.

Universidad de Buenos Aires-CONICET

ADRIANA RODRÍGUEZ PÉRSICO

ROBERT MCKEE IRWIN. *Mexican Masculinities*. Minneapolis: University of Minnesota (*Cultural Studies of the Americas, Vol. 11*), 2003.

En *Mexican Masculinities*, el crítico estadounidense Robert McKee Irwin presenta un estudio sobre la representación de la masculinidad mexicana que se extiende desde principios del siglo XIX hasta finales de la década de los sesenta. Irwin sugiere que aunque la construcción de la masculinidad es un tema central en la imaginación mexicana, es contradictoria y variable. La sociedad mexicana, según *Mexican Masculinities*, privilegia la intimidad homosocial como cimiento de la nación y al mismo tiempo cuestiona su posible homoerotismo. El argumento de Irwin sitúa estas contradicciones y sus evoluciones en la cultura mexicana a través de una extensa investigación de más de ciento cincuenta años de producción literaria. Irwin convence a su lector efectivamente sobre la importancia de la masculinidad en la cultura mexicana y su presentación contradictoria a través de este estudio indispensable para los estudios mexicanos contemporáneos.

En su introducción, Irwin sitúa su monografía como una historia de las construcciones literarias de la masculinidad en México. Su intención es examinar la presentación contradictoria de la masculinidad mexicana desde sus inicios homosociales en los romances nacionales decimonónicos hasta la inclusión del homosexual como figura estereotipada en la literatura de mediados del siglo XX. El libro está dividido en cuatro capítulos que están organizados por períodos históricos, los cuales incorporan literatura canónica, estudios sociales de la época y artículos de la prensa popular. Irwin no sólo presenta ejemplos mexicanos, también incluye literatura México-americana ya que el autor define México no como una región política, geográfica o racial sino como una zona cultural que naturalmente acapara la literatura de los inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos y sus descendientes. Tal vez ésta sea una de las afirmaciones más audaces del libro dado que tradicionalmente los estudios mexicanos no incluyen la literatura chicana como parte de la esfera cultural mexicana. Con esta aserción, Irwin se sitúa al lado de críticos mexicanistas innovadores como Sergio de la Mora y Debra Castillo.

El estudio de Robert McKee Irwin es único dado su enfoque literario y cultural en la masculinidad mexicana. Es un libro que complementa estudios sociales recientes sobre este tema, por ejemplo los tratados de Annick Prieur, Matthew Guttmann y Héctor Carillo, que sitúan la masculinidad mexicana contemporánea como atrapada entre varios estereotipos contradictorios de cómo “ser hombre”. *Mexican Masculinities* sugiere el origen de estos estereotipos en la literatura del siglo xx que cuestiona el *habitus* de la masculinidad, y apunta que el “ser hombre” es una negociación constante entre lo homosocial, lo homoerótico y lo afeminado. Estas características son partes esenciales de la masculinidad, no sólo aberraciones marginales.

El lenguaje de Irwin es accesible al público no especializado. Mi única crítica es sobre el uso extenso del vocablo *queer* en su prosa, utilizado para calificar algo “raro” y, al mismo tiempo, para sugerir lo que tiene insinuaciones homoeróticas u homosexuales. Aunque no estoy en desacuerdo con su uso doble, me parece que Irwin lo utiliza con demasiada frecuencia en su libro, quitándole así poder simbólico a esta palabra.

El primer capítulo, “Early Paradoxes of Masculinity and Male Homosocial Bonding: the Nineteenth Century” [Paradojas precoces de la masculinidad y los vínculos homosociales: el siglo xix], discute la centralidad de la homosocialidad en la literatura del siglo xix. Usando romances nacionales como *El periquillo sarniento* y *El Zarco*, Irwin sugiere que la novela del siglo xix no es una alegoría del mestizaje vía el intercambio de mujeres, sino una presentación de la homosocialidad entre hombres de diferentes razas y clases. Estas novelas construyen la yaciente nación mexicana a través de escenas homosociales y homoeróticas que prefiguran la integración nacional imaginada por intelectuales decimonónicos. Según Irwin, la figura central en estos romances es “el hombre de bien”: una figura positiva de la masculinidad que simboliza la camaradería y lealtad entre los hombres. Este es invariablemente un hombre joven que prefiere sus interacciones masculinas sobre cualquier posible unión heterosexual permanente y reproductiva. El argumento de Irwin contradice interpretaciones anteriores de la literatura del siglo xix que califican los romances nacionales como alegorías de la formación de una familia nacional a través del mestizaje. En contraste, Irwin los lee como uniones estériles, ya que los matrimonios entre hombres de clases bajas y mujeres de la élite ayudan a los hombres a ascender en la jerarquía racial y social, pero no producen hijos mestizos. Sin embargo, Irwin sí ve la figura del patriarca en la escritura temprana México-americana, procedente de los territorios anexados por los Estados Unidos después del tratado de Guadalupe Hidalgo. Irwin afirma que la extraña presencia del patriarca en esta literatura sugiere que este personaje no fue central en la construcción de la masculinidad decimonónica en el territorio mexicano.

Irwin concluye el capítulo caracterizando lo que llama la paradoja del siglo xix: por un lado existe la idea de que los géneros sexuales están separados y, por el otro, que hay un continuo que los une. Según ciertas obras de esta época, existe la posibilidad de que hombres y mujeres “sean muy hombres” y así acaparen ciertas características de la masculinidad que no son necesariamente universales o innatas. Pero al mismo tiempo, la sociedad decimonónica valora la idea del *habitus* en lo referente al género sexual, es decir, que existe cierto código inherente de cómo deben actuar los géneros. Este código, sin embargo, es contradictorio y será cuestionado durante el porfiriato a raíz de varios escándalos públicos.

Este primer capítulo es el más original y persuasivo. La noción del homosocialismo como metáfora de la integración nacional es presentada con suma delicadeza y con muchos ejemplos textuales de los romances nacionales incluidos. Irwin es demasiado cuidadoso a veces, ya que repite regularmente en el capítulo que no está sugiriendo que la novela decimonónica promueva la homosexualidad, sino que paradójicamente esta novela tiende a promover las uniones estériles heterosexuales y a exaltar la amistad íntima (con bordes y sugerencias homoeróticas) masculina. Estas afirmaciones continuas distraen del argumento principal ya que el lector educado entiende cuál es la tesis central del capítulo y no necesita que el autor insista en estas aserciones.

En el segundo capítulo, “Criminal Male Sexuality: The Turn of the Century” [La sexualidad masculina criminal: la vuelta del siglo] Irwin discute cómo varios escándalos públicos a principios del siglo XIX coincidieron con un emergente corpus literario y pseudo-científico que sugiere que los géneros sexuales y la sexualidad mexicana no estaban basadas en un código innato. El porfiriato promovió un interés por tratados de criminología, psicología y sociología que intentaron caracterizar a los mexicanos a través de estudios de sus prácticas sexuales y su identidad sexual. Irwin reúne varios ejemplos de escritos de esta época que determinan que existe una masculinidad perversa y viciosa asociada con los pobres. Al mismo tiempo, existía una preocupación en la literatura por los hombres jóvenes de las clases altas que no exhibían una masculinidad viril. Estos jóvenes de las élites eran acusados de afeminados, característica está intrínsecamente asociada con la homosexualidad en esta época.

Estos alegatos no sólo aparecen en tratados pseudo-científicos sino que también están basados en hechos reportados en la prensa popular. Según Irwin, es la influencia de la prensa popular y la literatura basada en esta prensa la que promueve estas ideas en el imaginario mexicano. Dice Irwin: “As the exceptions to the rule [of gender behaviors] began to multiply in the public consciousness, gender discourse began to slip out of Mexico’s *habitus* and a real interrogation of gender stereotypes began to emerge in literature and in the press” (53) [A raíz de que muchas excepciones a la regla (del comportamiento de los géneros sexuales) surgieron en el inconsciente público, el discurso de género empezó a desplazarse de la idea del *habitus* hacia una interrogación de los estereotipos de género en la literatura y la prensa].

Irwin relata un episodio a principios del siglo XIX: el famoso baile de los cuarenta y uno. Este episodio ha sido analizado por él y otros críticos en otra publicación reciente que reúne ensayos basados en testimonios, obras literarias, artículos y obras gráficas de la época. [Robert McKee Irwin, Edward J. McCaughan y Michelle Nasser eds. *The Famous 41: Sexuality and Social Control in Mexico, c. 1901*. New York: Palgrave Macmillan, 2003.] A través de un análisis del corpus literario producido por el incidente de los cuarenta y uno, Irwin identifica este hecho en *Mexican Masculinities* como clave para entender la asociación contemporánea entre la homosexualidad y el ser afeminado. El baile de los cuarenta y uno fue un evento privado interrumpido por la policía de la Ciudad de México al reportarse ciertos crímenes contra la moral. Al llegar la policía, según varios de los testimonios que reúne Irwin, se encontró a un grupo de hombres vestidos de mujer que bailaban con otros hombres. El grupo se supone era mixto, es decir, estaba integrado por hombres de la elite y trabajadores de las clases bajas. Este episodio causó pánico en la

sociedad mexicana al fomentar varios de los estereotipos que serían propagados en la prensa y literatura de esta época: el de los hombres ricos afeminados y el de los hombres pobres que manifiestan una sexualidad perversa. Indudablemente el episodio de los cuarenta y uno es de suma importancia en el imaginario mexicano, ya que ese número cuarenta y uno sigue siendo asociado con la homosexualidad. *Mexican Masculinities* sugiere exitosamente que la notoriedad de este incidente en la sociedad mexicana abre un nuevo debate sobre la definición de la masculinidad mexicana.

El tercer capítulo, “Virile Literature and Effeminate Literature: the 1920’s and 1930s” [Literatura viril y literatura afeminada: las décadas del veinte y treinta], se centra en tres ondas literarias que surgen después de la Revolución Mexicana. Este proceso histórico y social provocó un nuevo cuestionamiento de los roles sexuales en el México moderno e inauguró un nuevo debate sobre la masculinidad en la sociedad mexicana. Irwin dice: “what had emerged as a cultural crisis and discourse of confusion during the *porfiriato* was now a veritable polemic. Its protagonists now acknowledged an essential ideological link between constructions of masculinity and male sexuality and of Mexicanness in their debates over national literature and national identity” (117) “[lo que había emergido como una crisis cultural y un discurso de confusión durante el porfiriato ya era una polémica evidente. Los protagonistas ahora admitían un vínculo ideológico esencial entre la construcción de la masculinidad, la sexualidad masculina y lo mexicano en sus debates sobre la literatura e identidad nacional]”. A través de un retrato de la literatura de las décadas del veinte y treinta, caracterizadas por la literatura de la Revolución Mexicana, el vanguardismo macho de los estridentistas y la poesía afeminada de los contemporáneos, Irwin divide la literatura mexicana en dos tendencias principales: la llamada literatura viril y la literatura afeminada. Este capítulo es central en el estudio dado que ilustra la paradoja que asocia lo viril con lo homoerótico; al mismo tiempo, el autor contradice los estereotipos asociados con la homosexualidad mexicana a través de su lectura del grupo de los contemporáneos. Irwin ve la novela de la Revolución Mexicana como simultáneamente viril y homoerótica, ya que privilegia la homosocialidad y las relaciones íntimas entre los hombres. Semejante al análisis del primer capítulo, en éste se examinan varias obras claves de la revolución mexicana (*Los de abajo*, *¡Vámanos con Pancho Villa!*, *La sombra del caudillo*) para resaltar lo que Irwin denomina como *queer*, dado el enfoque de estas novelas en la amistad entre los hombres, que muchas veces excluye la participación de las mujeres en el ámbito de la revolución, e incluso sugiere una intimidación homoerótica. Además, Irwin presenta la literatura de Salvador Novo y Xavier Villaurrutia como ejemplos de una literatura escrita por homosexuales que privilegia una identidad masculina no necesariamente afeminada, contradiciendo así la asociación establecida a principios de siglo entre estas dos condiciones. Esta afirmación es casi desconocida en los estudios mexicanos y una de las contribuciones más importantes del libro de Irwin.

El último capítulo, “Homosexual Panic: The 1940s and 1950s” [El pánico homosexual: las décadas del cuarenta y cincuenta], discute la crisis que causa la escritura de intelectuales como Samuel Ramos y Octavio Paz al crear una literatura que caracteriza la masculinidad mexicana. Irwin cuidadosamente sugiere que Ramos y Paz no instigan lo misógino ni lo homofóbico, sino que sólo retratan una actitud preeminente en la sociedad mexicana. Según el autor, la influencia de Paz y Ramos en el imaginario mexicano y su actitud hacia la masculinidad es incuestionable:

The growing consciousness of the inability to make a pure and distinct separation between virility and effeminacy, between homosocial and homosexual relations, particularly in a national context was kindled by the psychological analysis of the national character initiated in Ramos and made world famous by Paz. Masculinity came to be intrinsically linked with notions like Guzmán's *madrugar* and Paz's more sexualized version of the same idea, *chingar*. (223)

[La paulatina cognición de la imposibilidad de tener una distinción incuestionable y única entre la virilidad y lo afeminado, entre lo homosocial y las relaciones homosexuales, en el contexto nacional particularmente, fue promovida por el análisis psicológico del carácter nacional iniciado por Ramos y hecho famoso mundialmente por Paz. La masculinidad intrínsecamente fue asociada con la noción de Guzmán de *madrugar* y la versión más sensualizada de Paz de esta misma idea, *chingar*].

En este capítulo, Irwin se concentra en la literatura mexicana y México-americana de esta época para delinear cómo emerge la figura del homosexual en la imaginación mexicana. Esta figura se convierte en esencial y cotidiana en la producción cultural de la década de los sesenta. Esto se debe a la paranoia nacional que surge en la década anterior, gracias a estudios sobre la sexualidad que promueven la noción de que la homosexualidad no es lo opuesto de la heterosexualidad, sino una característica latente en hombres ultra masculinos. Irwin entonces analiza cómo estas nociones informan la literatura pos-revolucionaria de autores como Rosario Castellanos y José Revueltas. En la literatura de éstos, el autor ve una nueva preocupación con respecto a la figura del hijo y no ya del padre —una idea que se desprende de la noción central de Paz del mexicano como “hijo de la Chingada”, no como padre de una nación.

Al final del capítulo, Irwin analiza la literatura de escritores México-americanos de esta época, principalmente John Rechy y José Antonio Villarreal. Esta literatura se centra en la figura del hijo que busca cómo construir una masculinidad México-americana en el contexto de los Estados Unidos. Según Irwin, la masculinidad México-americana se ve bajo ataque doblemente: primero, dadas las paranoias sobre lo homosocial que vienen de México y, segundo, en su posición subyugada en los Estados Unidos. Esta noción de Irwin es acertada y coincide con estudios contemporáneos sobre la literatura chicana, su inclusión en un estudio sobre la masculinidad mexicana es fundamental para un entendimiento sobre los lazos norte/sur que unen a la literatura mexicana y la chicana culturalmente.

*Whitman College*

NOHEMY SOLÓRZANO-THOMPSON

CRISTINA IGLESIA. *La violencia del azar. Ensayos sobre literatura argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.

Quizá sea el azar mismo, su imperiosa delimitación, lo que haya determinado el corpus de textos que Cristina Iglesia selecciona en esta oportunidad. Sin embargo no parece fortuito el recorrido que estos artículos trazan, ya que la propia autora se encarga

de enmarcar estas lecturas dentro de una estética en particular: la del terror delicado. A partir de David Lynch y Francisco Madariaga, Iglesia traza en el prólogo un *continuum* violento (no sólo por el cruce) que versa sobre dicha huella común: “la estética del terror delicado [...] ha marcado la escritura de los ensayos breves que aquí se reúnen y ha orientado la búsqueda de casi todos los textos que en ellos se releen”. Esta suerte de declaración unificadora resuena en la experiencia de lectura, especialmente a partir de la última palabra que cierra el prólogo: falso. Quizá contagiados por Piglia o por la lectura de éste que aquí se realiza, quizá por esas “catástrofes del azar” que no sólo se producen en *Cicatrices*, esa declaración de principios amerita cierta desconfianza y, si a esto le sumamos una confesión reciente de la autora en una clase matutina (“Todos saben que yo invento, que a mí me gusta inventar”) la suposición ficcionalmente azarosa, violentamente en contra de la palabra pronunciada por Iglesia en el prólogo de apertura a su texto, me resulta más que atractiva. Muy probablemente esta posición irreverente se deba a que los textos de Cristina Iglesia estimulan cierta rebeldía, porque si hay algo que a ella le interesa es la narración desde el borde, el relato de o desde la marginalidad, el texto relegado y condenado por la crítica; su interés radica en descubrir los “nudos blancos” –para utilizar un sintagma perteneciente a su libro–, en abordar analíticamente los silencios.

La literatura colonial, las crónicas de la conquista del Río de la Plata, serán la evidencia más palpable de este gesto, dado que el enfoque moderno que de ellas se ofrece empieza por cubrir un vacío demasiado evidente en el paisaje general.

La transgresión, el escándalo, serán dos caracteres centrales en el texto de Cambaceres trabajado, por tomar un ejemplo, y en el tipo de lectura llevada a cabo sobre *Pot-pourri*, caracterizado por muchos como “el intento fallido de alguien que quiere escribir una novela y no lo logra”, como “un borrador demasiado imperfecto”, definido aquí como “un texto no leído”.

A partir del funcionamiento que la autora lee del modelo *Pot-pourri* en *Rayuela*, se señala: “pensar y escribir la Argentina como un matambre arrollado envuelto en un silbido interminable convertido en piolín. Esto sería poner en práctica un mandato de la literatura silbada: romper la solemnidad”. Sobre este tipo de rupturas trabaja *La violencia del azar*; aún más, esta cita pertenece a un capítulo titulado “Breve tratado sobre el silbido en la literatura nacional”. Iglesia no sólo establece cruces, construye modelos funcionales y repara en sus arborescencias, sino que incluso escribe el tratado de ruptura clamado por estos autores escandalosos. Iglesia escribe el tratado y acata el mandato, pone en práctica la conformación de una literatura “silbada” o, en todo caso, la constitución de un marco crítico para estas textualidades ruidosas.

En esta línea entraría también *El entonado* de Saer, trabajado desde la imposibilidad del nombramiento de lo nuevo, desde el simulacro del bautismo narrativo, desde la utopía como discurso vacío convirtiéndose en denominación de lo real, desde el suspiro y la incompletud. Y aquí no estoy siendo figurativa, Iglesia repara detenidamente en la no palabra del capitán, hay algo del orden de lo no dicho que enuncia más allá de la palabra, el suspiro será uno de esos silencios como la frase trunca, “Tierra es ésta sin...”, largamente trabajada. Dos pozos de riqueza para el ojo de esta crítica que se regodea con la falta.

Cancela también entraría en el marco del texto desobediente, especialmente porque su *Historia funambulesca* “trabaja a partir de pero también en contra de lo supuesto y

desmonta paródicamente el estereotipo, descoloca el lugar común y trabaja esa relación de rechazo y seducción”. Son estos raros los que le interesan a Iglesia, de eso no hay duda a esta altura. Podríamos seguir con la lista, dentro de la que entrarían Holmberg, pero también Mansilla, Wilde, y por qué no Sarmiento. La conformación de este listado se conjura en el gesto desafiante que enarbolan, ya sea a través de gran parte de sus producciones, ya sea mediante las lecturas críticas que de dichos textos aquí se realizan. Iglesia no lee lo previsible, se detiene en las biografías que desmontan la estructura dicotómica en *Facundo*, para dar cuenta de la figuras que traspasan los límites y se conforman en el pasaje; repara en la insatisfacción permanente del viajero Wilde en su recorrido por Europa, convertido en un productor de inventarios; se extasía analíticamente en la falta de disfrute de su viaje, pero también pone la mira en el gesto independentista y al mismo tiempo identitario de Victoria Ocampo respecto de Waldo Frank, esa mujer que coquetea, avanza, adhiere, se alía y luego retrocede y quiebra el horizonte de expectativas de ese norteamericano que –diríamos hoy en una charla de café– aún no parece haber conocido a las mujeres argentinas y sus eternas complejidades. Iglesia también repara en el escándalo de Mansilla y allí acampa, se detiene por partida triple en este autor y en su texto cumbre, relata la dilación de la llegada a tierra Ranquel, del encuentro con el Otro, y en el análisis de la productividad de la suspensión, la autora también juega y dilata, reitera una misma cita en diversos ensayos, parte de una misma argumentación para finalizar dando un cierre novedoso a la última lectura.

Los procedimientos analizados en el texto parecen captar oscuramente el recorrido crítico y así Iglesia no sólo demora provisoriamente el resultado final de una hipótesis, sino que también oficia de traductora. En un ensayo que trabaja al traductor por excelencia, Iglesia cita en mapuche un vocablo con musicalidad guaraní y entonces traduce, aclara: “yapaí (brindis)”. Preocupada por el lector, siempre presente en los artículos, expectante de sus reacciones, sus percepciones e incomodidades, la autora se posiciona y brinda con él por un saber ahora compartido.

Evidentemente con Mansilla se pone en juego un alto nivel de fascinación; tres veces releído, su abordaje múltiple y gozoso le otorga un lugar central (incluso materialmente) en el libro. *Una excursión* es –confesó alguna vez públicamente Iglesia– el resultado de una obsesión, y aquí no hay modo de no creerle.

Con la “brasa en la palma de la mano”, frase que se enuncia en el capítulo sobre la novela citada de Saer, la autora puede, una vez experimentado tal descubrimiento y posesión, descomponer el carbón en llamas, proponer un tratado de constitución del mismo, prefigurar las experiencias de escritura y de lectura y, una vez desmenuzado el desafío que tal objeto en tal espacio supone, lanzársela provocativa, pero delicadamente, al lector. Desde ya es muy probable que antes de pasar la posta, Iglesia ensaye una frase esencialista y diga por ejemplo: la brasa en la palma de la mano *es* la existencia misma de la ficción. Y ahí, cuando estamos desprevenidos, intentando desentrañar tal enunciado, se corre de lugar, nos deja espacio para deliberar. Digo esencialista porque varios artículos que componen esta selección comienzan con una frase del tipo: “*Pot-porri*, de Eugenio Cambaceres, *es* un texto silbado”, o bien “*Una excursión a los indios ranqueles* *es* el primer y quizás único ejemplo de folletín autobiográfico en la literatura argentina”. Parece que la ficción ha ganado la partida en este caso y que la estrategia del desafío hacia el lector es puesta en práctica cuando de análisis se trata. Tal vez podría entenderse que este libro postula

un tipo de estética donde la ficción da nombre a la crítica. Iglesia parte, de hecho, de un verso de Madariaga para el título de su primera parte, “Terror Delicado”, pero también elige iniciar su libro con una escena de *Blue Velvet*. La autora opta por abrir *La violencia del azar* con una escena fílmica de Lynch y esta referencia, para nada azarosa, se completa con la primera y única cita que recorre ese prólogo y que le pertenece a un personaje de ficción: “Tú eres el que encontró la oreja entre la hierba”. Frase que, despojada aquí de su matiz interrogativo, afirma la inauguración del juego del hallazgo y de la escucha; frase que abre en la película el relato de misterio, el crimen, la historia de amor, y que en este contexto da inicio al recorrido de lecturas, el cual finalmente no parece ser otra cosa que el despliegue analítico de esa escena condensadoramente aterciopelada.

Entre la imaginación y la crítica literaria, luego de relatar viajes y desmenuzar cuerpos, Iglesia no nos ofrece un postfacio sino una Coda. La yapa de este libro parece pura ficción. Desde esta perspectiva, puede leerse este último texto de *La violencia del azar* como el relato de un viaje que bordea la tradición del género e inaugura un nuevo tipo de mirada, como la narración distanciada de un viajero que inevitablemente se ve comprometido en y con el espectáculo. En este relato final, y aquí la idea de cierre vinculada con la escena de apertura resuena inevitablemente, se cuenta el viaje del peregrinaje hacia la Cruz del Gauchito Gil en Mercedes, Corrientes, provincia de la que es oriunda la autora. Las vinculaciones autobiográficas se imponen a pesar del comienzo crítico elegido para la Coda, la cual empieza estableciendo una comparación entre un gaucho de folletín, Juan Moreira, y otro milagrero, Antonio Gil. Más allá de la inscripción analítica pretendida y de la mirada distanciada que contempla la fiesta popular, las reminiscencias personales se cruzan irremediabilmente y, luego de la descripción propia del viajero que accede a ese nivel de intimidad en la fiesta, la narradora denuncia: “El guaraní ha desaparecido del canto de los números (de la lotería), entre otras cosas, porque los que montaron el negocio son los cordobeses...”. ¿Los puntos suspensivos finales de esta frase silencian el exabrupto? ¿Podría leerse una lucha geográficamente identitaria partiendo de un desplazamiento de la lengua y de sus practicantes por sobre los otros? Es divertido pensar la rebeldía de Iglesia, tan observable en distintos aspectos de su accionar crítico, al servicio de una pugna entre correntinos y cordobeses. En fin, la ficción da para todo, incluso para este desliz de lectura. La cuestión es, retomando, que la Coda aúna diversos discursos y en este collage que aparenta limar las mezclas, se finaliza con el paroxismo del acto “violento” que, inserto en una recopilación de ensayos, aminora su marcha.

La tradición dice que uno puede servirse de lo que otros dejan –dinero, ropa, comida– y las armas no deberían estar exceptuadas del servicio. Debería ser lícito que las armas de los gauchos circularan, aligeradas por ese tiempo de permanencia en la Cruz Gil, adecentadas por la exhibición, pero armas al fin. Entonces, el lugar del Gaucho sería la sede de un tráfico de armas legalizado por la fe, un tráfico modesto, pero ágil, que podría llevar una lámina acerada con puñal de hueso del Paiubre hasta las tierras de Río Grande do Sul o hasta la Patagonia, para que volviera, después de haber actuado, a calentarse en la tierra de Mercedes.

Desde ya que el modelo de esta viajera no condice con el modelo obediente de Cané y hasta traspasa al propio Wilde, Sarmiento mismo se escandalizaría y Piglia aplaudiría esta ocurrencia, porque es indudable que en una ráfaga perceptiva, las palabras citadas son más propias de un personaje de Arlt que de una ensayista. Iglesia propone un deber ser, establece un tipo de circuito, de intercambio para el gaucho: construye un proyecto utópico ligado a esta figura, a la literatura argentina (porque es fácil de imaginar la proliferación narrativa que este tipo de propuesta generaría) y a sí misma. La autobiografía, la ficción y la irreverencia se cruzan en este proyecto y su respectivo funcionamiento.

El único modelo posible para este libro parece ser, retomando las palabras de Enzensberger, “la diversión como doctrina y el azar como regla”. Esta es la marca constitutiva de *La violencia del azar*, aunque quizá, y éste es el riesgo sabroso en el que nos aventuramos, irremediable y atractivamente falsa.

Universidad de Buenos Aires

LORELEY EL JABER

EUGENIO MATIBAG. *Haitian-Dominican Counterpoint. Nation, Race and State of Hispaniola*. New York: Palgrave Macmillan, 2003.

Este texto es una revisión histórica de la relación entre la República Dominicana y la República de Haití a partir de la rearticulación del concepto de conciencia fronteriza (*border consciousness*). En sus doscientas cincuenta y nueve páginas, *Haitian-Dominican Counterpoint* reconstruye la historia de la isla La Española desde la colonización española (1492) hasta la firma del tratado de colaboración dominico-haitiano (2002). Matibag escribe un texto histórico y político en donde intenta crear un espacio de activismo desde el que se puedan mejorar las relaciones y el futuro de ambos países. De esta manera, el libro de Matibag es a la vez un texto histórico, un texto fronterizo y un espacio de denuncia.

El libro parte de la necesidad de deconstruir la visión tradicional de la historia de la isla en la que ambos países han sido retratados como “gallos” de pelea dentro de una gallera sin fin. En las primeras páginas de su introducción, titulada “Point of Counterpoint”, Matibag critica la metáfora de la gallera que da el título al libro de Michelle Wucker *Why the Cocks Fight*. El autor arguye que esa visión, además de ser reduccionista y falsa, contribuye al oscurecimiento de una historia que ha estado basada en la cooperación mutua y no en pleitos, y condena a ambas naciones a continuar dentro de “la gallera” en constante pugna mutua. Matibag resume que la tesis de la gallera se basa en lo que él llama las cuatro íes: insularismo, intervención, insurrección e inmigración. En oposición a esta visión “obsoleta”, el historiador propone la metáfora del contrapunto, para que ambas naciones puedan verse no a partir de las pugnanzas sino a través de las cooperaciones que históricamente las han unido mediante la misma frontera que intenta separarlas. Este análisis se basa en los momentos contrapuntales de: “comunidad territorial, interdependencia económica y economía clandestina” (6). Además de estos tres puntos, el autor enfatiza las relaciones folklórico religiosas de ambos países (como el vudú y gagá).

Para sostener esta idea del contrapunto, Matibag se basa en la distinción entre las nociones de Estado y nación del historiador haitiano Roph Trouillot en su libro *Haiti, State Against the Nation*, y propone que las relaciones entre los dos Estados que coexisten en la isla no han sido históricamente las mismas que las de las naciones (el pueblo). El autor concluye que el antihaitianismo de los dominicanos y el antidominicanismo de los haitianos no es más que una herramienta autoritaria que los líderes (como Trujillo y Duvalier) han manipulado a lo largo de la historia para controlar a las masas y evitar la creación de alianzas estratégicas pan-insulares. La introducción resume los diferentes temas a tratar en los siguientes siete capítulos y formula la pregunta clave que une todas las partes del texto: “What would the island of Hispaniola look like if viewed as a loosely articulated system?” (¿Cómo se vería La Española si la miráramos como un sistema libremente articulado?) (3). La respuesta a esta interrogante es el texto de contrapunto que escribe Matibag en donde la frontera dominico-haitiana se convierte en un espacio fluido de colaboración política y económica entre las dos naciones.

Los capítulos dos y tres abarcan el largo período histórico desde la llegada de Colón a la isla en 1492 hasta la formación de la República de Haití en 1804. Matibag recrea la llegada “ilegal” de los franceses al territorio español como un momento dialógico que crea simultáneamente tensión y alivio en la ya olvidada colonia española de Santo Domingo. La ocupación francesa sirve para crear una unidad y una conciencia de identidad dominico-hispana en un territorio casi deshabitado y completamente desconectado por la falta de carreteras y caminos vecinales. Al mismo tiempo, la ocupación crea un alivio económico para los dominicanos que recurren a los “hambrientos franceses” para crear lo que más adelante se convertirá en el más fuerte comercio dominicano: la crianza y venta de ganado. Otro contrapunto aún más importante representa la construcción de comunidades fronterizas de cimarrones formadas en la parte hispana de la isla. Estas comunidades sirvieron de refugio para líderes negros tan importantes como Makandal y Toussaint L’Ouverture. Además de señalar cómo se fue creando un espacio de cooperación mutua entre comerciantes dominicanos y compradores franceses, el texto señala que la revolución haitiana puede ser vista como un evento pan-insular, ya que los negros y mulatos de Santo Domingo no sólo se revelaron junto a sus vecinos, sino que sirvieron de apoyo para la planeación de esta revolución. Este momento contrapuntal marca el tono para la segunda parte del texto, en donde la relación de cooperación en la lucha guerrillera por la libertad de ambos países se convierte en una realidad transnacional dentro de la isla.

En los capítulos cuatro y cinco, el texto se enfoca en los momentos de alianzas entre ambas partes de la isla para defender la soberanía y la libertad. Matibag reconstruye las diferentes “invasiones” haitianas (1802, 1822, 1845) como momentos claves para entender esta relación compleja pan-insular. El autor expone que la presencia de Haití en la colonia española fue en su mayor parte aceptada por el pueblo dominicano, que prefería la libertad bajo la bandera haitiana antes que la esclavitud bajo la “madre patria”. Del mismo modo, el Estado haitiano asumió su presencia en la parte este no como una invasión sino como la única solución para evitar una amenaza a su recién adquirida soberanía. Matibag hace un excelente análisis del rol que ocupa Haití en la construcción de una doble conciencia dominicana que se siente, por un lado, identificada con la historia y los ideales haitianos y, por otro, amenazada por la vecina potencia. Por primera vez en estos capítulos podemos

ver cómo se empieza a construir una identidad racial dominicana en oposición a la haitiana a partir del establecimiento del Estado dominicano en 1844. Sin embargo, Matibag insiste en que esta diferencia racial es una manipulación de los caudillos y dictadores para mantener a las masas bajo su control y evitar cualquier tipo de sublevación en contra del nuevo Estado republicano.

Uno de los temas más controversiales de la relación dominico-haitiana es la matanza de más de veinte mil haitianos bajo órdenes del dictador dominicano Rafael Leonidas Trujillo, en 1937. Este hecho histórico, que ha marcado para siempre a ambos países, es retomado en el capítulo cinco (“Transnational Dictatorships”) para examinar cómo el manejo autoritario de la frontera durante la llamada “época tirana”, comprendida entre los años 1930-85, sirvió para alimentar la explotación haitiana y mantener el control dictatorial de ambas naciones. La frontera politizada se convierte en el conducto que sirve para justificar la dictadura trujillista a través de una manipulación de la historia y de la construcción del haitiano como un otro salvaje y racialmente inferior. Matibag señala cómo el atroz crimen del 1937 no es un delito étnico/racial del dominicano contra el haitiano sino un crimen contra la humanidad, otra de las tan desafortunadas muestras de abuso de poder contra el indigente. El autor señala las diferentes alianzas entre Trujillo y Vincent, el dictador haitiano, y cómo este último respaldó al dictador dominicano y “perdonó” el genocidio a cambio de apoyo económico dominicano. Este momento macabro de la historia dominico-haitiana marca la creación del tráfico humano desde Haití que dominará el resto del siglo. No obstante, Matibag señala que a pesar de tanta opresión, las naciones dominico-haitianas continuaron creando alianzas para sobrevivir las dobles tiranías y burlar la opresión y la censura.

Uno de los espacios más importantes que demuestran la solidaridad dominicana con los sufrimientos del haitiano es, de acuerdo al autor, la literatura dominicana. El capítulo siete explora los textos subversivos que proponen una visión alternativa o “contrapuntal” de la identidad dominicana en relación a Haití. Su análisis parte del estudio de Marcio Veloz Maggiolo “Tipología del tema haitiano en la literatura dominicana” (1977) para proponer nuevas maneras de imaginar una comunidad insular, “one that embraces its own Otherness” (186). Para ello el autor analiza varios textos fundamentales en la literatura contemporánea dominicana: *Over* de Ramón Marrero Aristy, *Compadre Mon* de Manuel del Cabral, “Cantos de la Frontera” de Manuel Rueda y *Pirámide 179* de Máximo Avilés Blonda. Este capítulo es especialmente importante porque propone nuevas lecturas de textos como *Over*, que ha sido catalogado como protrujillista y antihaitiano. Matibag propone una interpretación más abierta en donde es posible ver la compasión y el acercamiento genuino hacia la realidad haitiana como propia, al mismo tiempo que se hace una denuncia política en medio de un espacio de censura. El capítulo concluye con un acercamiento al trabajo de José Alcántara Almánzar, quien según Matibag lleva la literatura sobre el haitiano más allá que los demás escritores por su capacidad de crear puentes de solidaridad y liberación a través de la palabra. Este capítulo inicia la discusión sobre el rol del intelectual y el escritor dentro de las naciones de la isla, ya que el autor atribuye a la literatura el poder de cambiar la humanidad y crear solidaridad entre las fronteras. Lo que sigue faltando en esta parte es el contrapunto literario haitiano. No sabemos cómo el escritor haitiano ve la relación fronteriza o cuál es su posición ante la masacre del 37.

El libro concluye en el capítulo ocho con la reconstrucción del clima político contemporáneo. El autor trae a la luz la situación de la creciente y continua migración haitiana a la República Dominicana y el subsecuente crecimiento del “antihaitianismo” institucionalizado. Los problemas sociales y políticos de ambos países siguen, como en la época colonial, ligados a través de la frontera, que también sirve como alivio mediante el comercio y la migración ilegal. Matibag señala la situación “ventajosa” dominicana en comparación con la haitiana y la posible mejoría de esta última a partir de la colaboración entre ambos países. El libro concluye en un tono de esperanza que insta a la mutua cooperación para el beneficio de estos dos pueblos que son “dos alas de una misma ave” (215).

En este ambicioso proyecto Matibag abre un espacio para debatir y cuestionar la imagen tradicional de la historia y de los conflictos políticos de la isla La Española. Sus páginas son un esfuerzo por crear un espacio dialógico en el cual la historia y la literatura pueda mirar a Haití y a la República Dominicana como una unidad marcada por momentos de alianza y de colaboración mutua, y de esa manera lograr entender la realidad presente de ambas naciones. Mi apreciación es que antes que darnos la historia de la frontera dominico-haitiana, Matibag busca abrir con su metáfora del contrapunto un espacio para el diálogo y el análisis serio de los diferentes momentos históricos que este libro pone en evidencia.

*University of Michigan*

LORGIA GARCÍA-PEÑA